

En un abrir y cerrar de ojos

Laia Gil

B1B

La ciudad ardía. Del cielo caían bombas y nosotros debíamos resguardarnos en los antiguos refugios de la ciudad. Finalmente ese monstruo había apretado el botón rojo, lo habían subestimado y ahora el país entero sufría las consecuencias.

Dos meses antes de la tragedia yo era una chica de diecisiete años de lo más normal. Cursaba segundo de bachillerato en el mismo instituto en el que estudié la ESO, jugaba a fútbol en el equipo del barrio, acababa de quitarme de encima el trabajo de investigación que llevaba casi un año realizando y que contaba un 10% de la nota final del curso, quedaba con mis amigos los fines de semana y algún que otro viernes salíamos de fiesta. Se acercaba el verano y tenía miles de planes preparados. Para empezar me pasaría lo que quedaba de curso preparándome para hacer la selectividad en junio para poder acceder a la carrera de enfermería, después de eso empezarían las vacaciones para mí. Iría todos los días a la playa por las mañanas para conseguir ponerme morena y dos o tres tardes por semana iría a entrenar al gimnasio un rato, para después pasar el resto del tiempo en la calle con mis amigos. También tenía planeado salir de fiesta cada fin de semana (a ser posible). A mediados de julio pasaría tres días en una casa rural con mis amigas del pueblo la cual ya estaba reservada, a finales, iría de viaje con mis padres y mi hermano mayor a Italia. En agosto me encontraría de nuevo con mis amigas en el pueblo y finalmente, en septiembre pasaríamos cinco días juntas en la playa, antes de empezar una nueva etapa en la universidad. Lo tenía todo perfectamente planeado.

Un mes antes de la catástrofe empezaron los rumores en la calle de que nuestro país tenía algunos problemas con uno de nuestros países vecinos. Al pasar las semanas los rumores se intensificaron pero los medios de comunicación se mantenían en silencio, así que nadie le dio importancia. Mucha gente decía que no había nada de qué preocuparse, que eran solo eso, rumores. Un día se filtró un vídeo en el que aparecía el presidente de aquel país en el que amenazaba con invadir el nuestro si no le dábamos lo que quería. A partir de ese momento la tensión se sentía en el ambiente, la gente empezaba a desesperarse y seguíamos sin ningún tipo de información por parte de los medios. Esa última semana de paz el presidente del gobierno lanzó un comunicado tranquilizador para el pueblo, diciendo que se estaban hablando las cosas entre los dos estados, estaban llegando a un acuerdo mutuo y no había nada de qué preocuparse. Después de eso la tensión se calmó y cada uno siguió con su vida como si nada. No fue hasta el momento en el que cayó la primera bomba que no nos dimos cuenta de la gravedad de la situación.

Es curioso cómo de un momento a otro tu vida puede dar un giro de 180° grados, sin que te dé tiempo siquiera a darte cuenta de lo que sucede. Ver cómo tus preocupaciones cambian, cómo todos tus planes se desmontan en un abrir y cerrar de ojos y empezar a sentir verdadero miedo, la angustia de no saber qué va a pasar.

Habían pasado tres días ya del primer bombardeo, tres días largos con sus tres larguísimas noches. Tres días llenos de miedo, de angustia, de incertidumbre. Tres días que habían parecido tres años. Nuestro principal objetivo para entonces era salir de allí, ir a un país vecino para al menos estar a salvo y no vivir con el miedo constante de desaparecer en uno de los bombardeos, como le había pasado ya a cientos de personas.

Decidimos quedarnos en el búnker y salir solo a por comida y a por un par de cosas a casa, mientras organizábamos la salida del país. Con mucha pena tuvimos que despedirnos del gato, dejarlo a su suerte, no podíamos llevarlo con nosotros.

Al quinto día los hombres empezaron a partir hacia el frente, para defender nuestra tierra de la invasión extranjera. Mi padre tuvo que unirse al ejército y mi hermano poco después a pesar de lo joven que era y lo poco entrenado que estaba. Mi madre y yo estábamos desconsoladas, ya no queríamos huir, no sin ellos. Decidimos ir al pueblo, al menos allí estaríamos más seguras que en la ciudad, nos llevamos a mis abuelos, a mi prima Abril y a mi tía con nosotras.

Allí en el pueblo mi madre y mi tía que antes de estallar la guerra eran ambas dentistas, buscaron trabajo de dependientas en los locales que había en el pueblo. Mi abuelo, jubilado desde hacía dieciocho años, volvió a buscar trabajo de camarero y mi abuela se quedó de ama de casa como había hecho toda su vida. Desde el primer momento mi prima y yo sentimos la necesidad de ayudar y antes de la guerra a ambas nos interesaba la medicina así que durante ese verano decidimos acompañar al médico del pueblo en todas sus consultas para así aprender y más adelante poder ayudar ya fuera en el frente o en la ciudad con los civiles.

Pasaron los meses y la escasez de comida comenzaba a notarse.

Llegó el invierno, Abril y yo seguíamos con nuestra formación con el doctor, en pocos meses habíamos aprendido mucho más de lo que podríamos haber aprendido en la universidad. Cuando nuestro maestro lo vio conveniente contactamos con un hospital de guerra. Estuvieron encantados de recibir cualquier tipo de ayuda, aunque no tuviéramos demasiada experiencia. A las tres semanas ya estábamos instaladas en el hospital, dormíamos allí mismo. Atendíamos a hombres de todas las edades, a veces a alguna mujer, pero no acostumbábamos a ver ninguna que no fuera enfermera.

Una mañana recibimos una llamada del pueblo. Mi padre había vuelto a casa, había sido herido en combate y estaba incapacitado para continuar en el frente así que lo mandaron a

casa. Enseguida pedí un permiso para dejar mi puesto un par de días para ir a visitarlo, mi prima se quedó en el hospital.

El reencuentro fue muy emotivo, no nos habíamos visto desde hacía más de un año. Me contaron su plan de huir finalmente del país porque las condiciones de vida iban empeorando día tras día, me ofrecieron ir con ellos pero me negué. Quise quedarme y seguir cumpliendo con mi trabajo para salvar todas las vidas posibles, además quería asegurarme de que mi hermano tuviera a alguien cerca por si algún día lo necesitaba.

Esa misma noche llamé a mi prima para que viniera al pueblo y decidiera si quería emigrar o quedarse conmigo en el hospital.

No tardó demasiado en llegar y menos en tomar la decisión. Para ella la guerra estaba siendo más dura de lo que nunca se hubiera imaginado y la situación había podido con ella, así que decidió dejar el país junto con el resto de mi familia.

A primera hora de la mañana me despedí de nuevo de ellos, esta vez fue diferente, no sabía cuándo iba a volver a verlos. En realidad sí que lo sabía, cuando acabase la guerra, pero, ¿cuándo iba a ser eso? ¿Cuánto tiempo más iba a durar esta pesadilla?

Tenía ya veinte años cuando volví a verlo. Un día entró por la puerta de urgencias del hospital un hombre joven con una herida de bala. Cuando me acerqué para ayudar al médico con la extracción de la bala vi el rostro de mi hermano. La alegría invadió mi cuerpo, hacía meses que no sabía nada de él, lo daba por muerto. Enseguida llamé a mis padres para contárselo. Los siguientes días los pasé a su lado mientras se recuperaba. Yo le conté todo lo que había hecho desde que empezó la guerra y él a mi todas sus hazañas en el frente, como si fuera un abuelo contando batallitas a su nieta.

Un día llamaron nuestros padres insistiendo en que dejáramos el país y regresáramos a su lado. Después de un par de días pensándolo decidimos que sería lo mejor, ambos habíamos servido ya suficientemente a nuestro país y teníamos derecho a buscar una vida mejor junto a nuestros seres queridos.

Teníamos que aceptar la posibilidad de no volver a encontrarnos con el país en el que habíamos crecido. Tal vez estábamos condenados a vivir el resto de nuestras vidas en el exilio.

Después de tres largos años finalmente nuestra familia volvió a unirse.

Al mirar hacia atrás no podía creer lo mucho que habían cambiado nuestras vidas.